

sustitución se describe en un informe sobre prostitutas detenidas:

Primero, pasan por la encargada de las duchas que las obliga a desvestirse, retira sus ropas y cuida de que todas se duchen y reciban los uniformes de la cárcel: un par de zapatos negros de tacos bajos, dos pares de zócalos muy remendados, tres vestidos y dos enaguas de algodón, dos bombachas y un par de corpiños. Prácticamente todos los corpiños son chatos e inservibles. No se entregan fajas ni portaliñas.

No hay espectáculo más triste que el de algunas presas gordas, que afuera habían conseguido presentar por lo menos una apariencia decente, al enfrentarse con la primera imagen de sí mismas vestidas con el uniforme de la casa.²³

Al deterioro personal consiguiente al retiro del equipo de identificación puede sumarse una desfiguración más grave por mutilaciones del cuerpo directas y permanentes, tales como marcas infamantes o pérdida de miembros. Aunque esta mortificación del yo a través del cuerpo se encuentra en pocas instituciones totales, suele perderse en ellas el sentido de seguridad personal, y esto fundamenta ciertas angustias relativas a una posible desfiguración. Los golpes, la terapia de shock o, en los hospitales psiquiátricos, la cirugía —cualquiera sea la intención del personal al administrar estos servicios a algunos internos— suelen provocar en muchos la impresión de encontrarse en un ambiente que no garantiza su integridad física.

Desde el ingreso, la pérdida del equipo de identificación puede impedir que el individuo se muestre ante los demás con su imagen habitual. Después del ingreso, la imagen del yo que presenta es atacada de otra forma. De acuerdo con la modalidad expresiva de una determinada sociedad civil, ciertos movimientos, posturas y actitudes transmiten imágenes deplorables del individuo y deben evitarse como degradantes. Todo reglamento, orden o tarea que obliguen al individuo a adoptar estos movimientos o actitudes pueden

23 John M. Murtagh y Sara Harris, *Cast the First Stone*, Pocket Books, Nueva York, 1958, págs. 239-40. Sobre hospitales psiquiátricos véase, por ejemplo, Kerkhoff, *op. cit.*, pág. 10. Ward, *op. cit.*, pág. 60, sugiere razonablemente que los hombres de nuestra sociedad sufren una humillación menor que las mujeres en las instituciones totales.

mortificar su yo. En las instituciones totales abundan tales indignidades físicas. En los hospitales psiquiátricos, por ejemplo, puede obligarse a los pacientes a comer todo tipo de alimentos solo con cucharas.²⁴ En las prisiones militares, puede exigirse que los internos se cuadren cada vez que entra un oficial.²⁵ En las instituciones religiosas, existen gestos clásicos de penitencia, como besar los pies,²⁶ y la posición recomendada a un monje descarriado como castigo:

...que permanezca tendido a la puerta del oratorio en silencio; y así, de cara al suelo y el cuerpo doblegado, que se arroje a los pies de todos, a medida que vayan saliendo del oratorio.²⁷

En algunos institutos penales encontramos la humillación de inclinarse para recibir una azotaina.²⁸ Así como se puede exigir al individuo que mantenga su cuerpo en una posición humillante, puede obligársele a dar respuestas humillantes. Un ejemplo inequívoco es la norma de forzada deferencia que rige en las instituciones totales, donde a menudo los internos deben subrayar su interacción social con el personal, mediante actos verbales de sumisión: decir «señor» cada vez que les dirigen la palabra, rogar, instar o pedir humildemente cosas tan insignificantes como lumbre para el cigarrillo, un poco de agua, o permiso para usar el teléfono. Las palabras y los actos indignos requeridos del interno corren parejas con el ultrajante trato que reciben. Ejemplos típicos son las profanaciones verbales o de actitud: el personal o sus compañeros de internado lo llaman con apodosos obscenos, lo maldicen, ponen en evidencia sus fallas, se mofan de él o conversan sobre él o sobre sus compañeros como si no estuviera presente.

Sea cual fuere el origen o la forma de tales escarnios, el

24 Johnson y Dodds, *op. cit.*, pág. 15; para una versión sobre la prisión, véase Alfred Hassler, *Diary of a Self-Made Convict*, Regnery, Chicago, 1954, pág. 33.

25 L. D. Hankoff, *Interaction Patterns Among Military Prison Personnel*, «U. S. Armed Forces Medical Journal», X, 1959, pág. 1419.

26 Kathryn Hulme, *The Nun's Story*, Muller, Londres, 1957, pág. 52. (Hay versión castellana: *Historia de una monja*, Ediciones Selectas, Buenos Aires, 1964. N. del T.)

27 *The Holy Rule of Saint Benedict*, cap. 44.

28 Dendrickson y Thomas, *op. cit.*, pág. 76.

individuo tiene que participar en una actividad de la que derivan consecuencias simbólicas incompatibles con su concepción del yo. Un ejemplo más difuso del mismo tipo de mortificación consiste en imponerle una rutina diaria que considera ajena, forzándolo de tal modo a asumir un papel que lo desidentifica. En las cárceles, la falta de oportunidades heterosexuales puede inspirar el temor de perder la virilidad.²⁹ En los establecimientos militares, el trabajo notoriamente ficticio que se impone a veces a las tropas, obligándolas a ocuparse en innecesarios detalles durante la faena puede hacerles sentir que su tiempo y esfuerzo no valen nada.³⁰ En las instituciones religiosas hay disposiciones especiales para asegurar que todos los internos cumplan por turno las tareas más serviles.³¹

Un caso extremo es la práctica en los campos de concentración, donde se requiere que los prisioneros se apliquen latigazos entre sí.³²

Una forma de mortificación ulterior propia de las instituciones totales se manifiesta ya en el ingreso, bajo la forma de una especie de exposición contaminadora. Afuera, el individuo puede mantener ciertos objetos ligados a la conciencia de su yo —por ejemplo su cuerpo, sus actos inmediatos, sus pensamientos y algunas de sus pertenencias— a salvo del contacto con cosas extrañas y contaminadoras. En las instituciones totales se violan estos límites personales: se traspasa el linde que el individuo ha trazado entre su ser y el medio ambiente, y se profanan las encarnaciones del yo.

Se viola, en primer término, la intimidad que guarda sobre sí mismo. Durante el proceso de admisión, los datos concernientes a sus status sociales y a su conducta en el pasado —especialmente en lo que se refiere a los hechos que lo desacreditan— se recogen y registran en un legajo, que queda a disposición del personal. Más adelante, en la medida en que el establecimiento supone oficialmente haber modificado las tendencias internas de los pupilos a la autorregulación, puede haber confesiones en grupo o individuales, de carácter psiquiátrico, político, militar o religioso, según el tipo de institución de que se trate. En estas ocasiones el interno debe exponer hechos y sentimientos acerca de su yo ante

²⁹ Sykes, *op. cit.*, págs. 70-72.

³⁰ Por ejemplo, Lawrence, *op. cit.*, págs. 34-35.

³¹ *The Holy Rule of Saint Benedict*, cap. 35.

³² Kogon, *op. cit.*, pág. 102.

otros tipos de público. Los ejemplos más espectaculares de tal exhibición nos llegan de los campos de proselitismo comunistas, y de las sesiones de confesión que forman parte de la rutina en las órdenes religiosas católicas.³³ Todos los que se dedican a la llamada terapia ambiental han considerado explícitamente la dinámica del proceso.

Los nuevos públicos no solo se enteran así de hechos —ordinariamente ocultos— que desacreditan al yo, sino que pueden percibir directamente algunos de ellos.

Ni los presos ni los enfermos mentales están en condiciones de evitar que sus visitantes los vean en circunstancias humillantes.³⁴ Otro ejemplo es la marca de identificación étnica que llevan en el hombro los internos de los campos de concentración.³⁵ Los exámenes médicos y las inspecciones con fines de seguridad exhiben a menudo físicamente al interno, a veces ante personas de ambos sexos; una exhibición similar resulta de la disposición de los dormitorios colectivos y los retretes sin puertas.³⁶ Quizá represente un extremo en este aspecto la situación del paciente mental autodestructor, a quien se despoja de todo lo que siente como una protección propia, para encerrarlo desnudo en un cuartito constantemente iluminado, por cuya claraboya puede atisbar cualquiera que pase por la sala. Por lo demás, el interno casi nunca está completamente solo; siempre hay alguien que puede verlo y oírlo, siquiera se trate de sus compañeros de internado.³⁷ Las celdas con barrotes en vez de paredes cumplen óptimamente este exhibicionismo.

Quizás el tipo más notorio de exhibición contaminadora sea el de carácter directamente físico, que mancha o salpica el cuerpo u otros objetos íntimamente identificados con el yo.

33 Hulme, *op. cit.*, págs. 48-51.

34 Por supuesto, comunidades más vastas de la sociedad occidental han empleado también esta técnica bajo la forma de flagelaciones y ejecuciones públicas, la picota y el cepo. Funcionalmente correlativa con el relieve dado a las mortificaciones públicas en las instituciones totales, es la estricta prohibición de que el personal humille a cualquiera de sus miembros en presencia de los internos.

35 Kogon, *op. cit.*, págs. 41-42.

36 Behan, *op. cit.*, pág. 23.

37 Por ejemplo, Kogon, *op. cit.*, pág. 128; Hassler, *op. cit.*, pág. 16. Sobre la situación en un instituto religioso, véase Hulme, *op. cit.*, pág. 48. Describe también la falta de una atmósfera de intimidad, ya que las celdas individuales destinadas a dormitorios no tenían más puertas que unas cortinas de fina tela de algodón.

Esto supone a veces la interrupción de las disposiciones ordinarias que permiten el aislamiento de las propias fuentes de contaminación. Ocurre así cuando el individuo tiene que vaciar el balde de sus excrementos,³⁸ o someter sus funciones de evacuación a un estricto régimen colectivo, según se informa de ciertas prisiones políticas chinas:

Un aspecto de su régimen carcelario singularmente duro para los prisioneros occidentales consiste en las disposiciones vigentes para la evacuación de la orina y las materias fecales. El «balde» que por lo general se encuentra en las celdas rusas, falta en las de la China. Allí se acostumbra asignar un horario fijo para que los prisioneros orinen o defequen solo una o dos veces por día, habitualmente por la mañana, después del desayuno. Un guardián los lleva por un largo corredor hasta una letrina abierta y les da dos minutos para atender a sus necesidades. La prisa y la presencia de espectadores resultan especialmente intolerables para las mujeres. Si los prisioneros no pueden completar la evacuación en el término aproximado de dos minutos, son arrastrados a tirones y conducidos por la fuerza a sus celdas.³⁹

Una forma de contaminación física muy común se refleja en las protestas frecuentes por la comida en mal estado, los alojamientos en desorden, las toallas manchadas, los zapatos y la ropa impregnados con el sudor de los anteriores usuarios, los retretes sin letrinas y las instalaciones sanitarias sucias.⁴⁰ Los comentarios de Orwell sobre su internado escolar pueden servir de ilustración:

Por ejemplo, había tazones de peltre en los cuales tomábamos nuestro cocimiento de avena. Tenían bordes salien-

³⁸ Heckstall-Smith, *op. cit.*, pág. 21; Dendrickson y Thomas, *op. cit.*, pág. 53.

³⁹ L. E. Hinkle (h.) y H. G. Wolff, *Communist Interrogation and Indoctrination of «Enemies of the State»*, A. M. A., «Archives of Neurology and Psychiatry», LXXVI, 1956, pág. 153. Un informe sumamente útil sobre el rol profanador de la materia fecal, y la necesidad social de control personal y ambiental, proporciona C. E. Orbach y otros, en *Fears and Defensive Adaptations to the Loss of Anal Sphincter Control*, «The Psychoanalytic Review», XLIV, 1957, pág. 75.

⁴⁰ Por ejemplo, Johnson y Dodds, *op. cit.*, pág. 75; Heckstall-Smith, *op. cit.*, pág. 15.

tes, y debajo se acumulaban restos de cocimiento agrio, que podía desprenderse en tiras largas. Por lo demás, el cocimiento mismo contenía más grumos, pelos y cosas negras no identificadas, de lo que se hubiera creído posible a menos que alguien las hubiera puesto a propósito. No era nunca seguro iniciar el cocimiento sin haberlo analizado previamente.

También hay que mencionar el agua pegajosa de la piscina de inmersión: tenía doce o quince pies de largo, y se suponía que la escuela entera se bañaba allí todas las mañanas, pero yo dudo que el agua se cambiase con cierta frecuencia... y aquellas toallas siempre húmedas, con olor a queso... y el olor a sudor del cuarto de cambiarse, con sus lavatorios chorreados, y enfrente, la fila de retretes inmundos y ruinosos, sin ninguna clase de cerradura en las puertas, de modo que cada vez que uno estaba sentado allí podía tener la seguridad de que alguien iba a irrumpir violentamente. Me resulta muy difícil evocar mis días escolares sin la sensación de aspirar una bocanada de algo frío y maloliente —un tufo mixto de medias sudadas, toallas sucias, olores fecales flotando por los pasillos, tenedores con comida vieja entre los dientes, guiso de carnero, y sin oír los portazos en los retretes y el eco resonante de las bacinillas en los dormitorios.⁴¹

Hay aún otras fuentes de contaminación física, como sugiere un periodista al describir el hospital de un campo de concentración:

Estábamos acostados de a dos en cada cama, y resultaba muy desagradable. Por ejemplo, si un hombre moría, no se lo sacaba antes de que se cumpliesen las veinticuatro horas, porque el encargado del hospital no quería perderse, por supuesto, la ración de pan y sopa asignada a esa persona. Por tal motivo se comunicaba el deceso veinticuatro horas después, para contar con su ración diaria. Y nosotros teníamos que pasarnos todo ese tiempo en la cama, junto con el muerto.⁴²

41 George Orwell, *Such, Such Were the Joys*, «Partisan Review», XIX, septiembre-octubre, 1952, pág. 523.

42 David P. Boder, *I Did Not Interview the Dead*, University of Illinois Press, Urbana, 1949, pág. 50.

Estábamos al nivel del entrepiso, y era una situación espeluznante, especialmente por la noche. En primer término, los muertos estaban consumidos y tenían un aspecto aterrador. En la mayoría de los casos se habían ensuciado en el momento de morir, y el episodio no era muy estético. Vi muchos casos semejantes al final, en los galpones destinados a los enfermos. La gente que moría de heridas flemonosas y supuradas, en camas que chorreaban pus, solían compararse con otros que acaso tuvieran males más benignos, quizá solamente una pequeña herida, que ahora no podría dejar de infectarse.⁴³

La contaminación resultante de estar acostado junto a un moribundo también se menciona en los informes sobre hospitales psiquiátricos;⁴⁴ y la contaminación quirúrgica se cita en documentos sobre la prisión:

El instrumental quirúrgico y las vendas se encuentran expuestos al aire y al polvo en la enfermería. George, que había ido a que un asistente médico le curara un forúnculo en el cuello, fue operado con un bisturí usado minutos antes en el pie de un hombre, y que no había sido esterilizado.⁴⁵

Por último, en algunas instituciones totales se obliga al interno a tomar medicamentos por vía oral o endovenosa, quiera o no quiera, y a comer su comida, por desagradable que sea. Cuando alguno se niega a comer, su aparato digestivo puede sufrir una contaminación forzosa debida a la «alimentación forzada».

He indicado que el interno soporta la mortificación del yo que deriva de una exhibición contaminadora de tipo físico, pero hay que aclarar algo más: cuando el agente de contaminación es otro ser humano, se produce una contaminación suplementaria, por el contacto interpersonal forzado y, en consecuencia, por una relación social forzada. (Análogamente, cuando el interno carece de control sobre quienes lo observan en su desgracia, o sobre quienes conocen su pasado, sufre la contaminación que comporta una relación forzada con esta gente —ya que por medio de dicha percepción y conocimiento se expresan las relaciones.)

43 *Ibid.*, pág. 50.

44 Johnson y Dodds, *op. cit.*, pág. 16.

45 Dendrickson y Thomas, *op. cit.*, pág. 122.

El modelo de contaminación interpersonal en nuestra sociedad es, presumiblemente, la violación; en las instituciones totales, hay otros ejemplos mucho menos dramáticos, aunque ciertamente no falten las vejaciones de orden sexual. Luego de la admisión, los efectos personales que un individuo lleva consigo son manoseados por un empleado que los registra y prepara para el depósito. El interno mismo puede ser palpado y registrado hasta el extremo —que a menudo se menciona en la literatura— de sometérselo a un examen rectal.⁴⁶ En el curso subsiguiente de su estadía puede hacérselo objeto de inspecciones personales y de su alojamiento, ya como elemento de rutina, ya en forma ocasional, cuando surge algún inconveniente. En todos estos casos no solo el que inspecciona, sino la inspección en sí, invaden la intimidad del individuo y violan el campo del yo. Aun las inspecciones de rutina pueden tener este efecto, como Lawrence sugiere:

En los viejos tiempos los hombres tenían que sacarse las botas y las medias una vez por semana, y presentar los pies a la inspección de un oficial. Cualquiera que se inclinase a mirar recibía en plena cara el puntapié de algún *boy* nativo. Así se llevaba también el registro de los baños: había que tener un certificado del N.C.O.* que atestiguara el baño semanal. ¡Un solo baño! Y de igual modo se efectuaban las inspecciones de equipos, habitaciones y grupos: pretextos todos para que los oficiales más dogmáticos cometieran torpezas, y los mirones desocupados se permitieran groserías. ¡Oh, se necesitaba el más exquisito tacto para meterse con la persona de un pobre tipo sin ofenderlo!⁴⁷

Además, la costumbre de mezclar los grupos de edades, pueblos y razas diferentes en las prisiones y en los hospitales psiquiátricos puede hacer que un interno se sienta contaminado por el contacto de compañeros indeseables. Un preso formado en un colegio estatal proporciona un ejemplo, al describir su ingreso a la cárcel:

46 Por ejemplo, Lowell Naeve, *A Field of Broken Stones*, Libertarian Press, Glen Gardner, Nueva Jersey, 1950, pág.17; Kogon, *op. cit.*, pág. 67; Holley Cantine y Dachine Rainer, *Prison Etiquette*, Retort Press, Bearsville, Nueva York, 1950, pág. 46.

* N.C.O.: Siglas de *noncommisioned officer* = suboficial. (N. del E.)

47 Lawrence, *op. cit.*, pág. 196.

Otro guardián se apareció con un par de esposas, y me encadenó con un judío esmirriado, que gimoteaba en idisch...⁴⁸

De pronto, se me ocurrió la espantosa idea de que tal vez tuviera que compartir una celda con él, y me sobrecogió el pánico. Esto me obsesionó tanto que no me dejó pensar en otra cosa.⁴⁹

Evidentemente la vida de grupo necesitará contacto mutuo y exhibición entre los internos. En el caso extremo, como en las celdas para presos políticos de la China, el contacto puede ser muy grande:

En cierta etapa de su encarcelamiento el preso puede esperar que lo ubiquen en una celda con otros ocho reclusos aproximadamente. Si al principio lo habían aislado e interrogado, esto puede ocurrir poco después de aceptarse su primera confesión; pero a muchos presos se los aloja en celdas colectivas desde el primer momento. La celda está habitualmente desmantelada y apenas alcanza para contener al grupo. Puede haber una tarima para dormir, pero los presos duermen en el suelo y cuando todos están tendidos no queda una pulgada libre en el piso. La atmósfera es promiscua en extremo. No hay posibilidad de intimidad alguna.⁵⁰

Lawrence ofrece un ejemplar militar, comentando sus propias dificultades con sus compañeros de vuelo, en las barracas:

Lo cierto es que no puedo confraternizar con nadie; una timidez innata me excluye de su francmasonería, impidiéndome compartir sus torpezas, sus bromas, los pequeños pres-tamos que se hacen entre sí, y sus charlas sucias. Esto, a pesar de mi simpatía por la franqueza funcional a la que se abandonan. Inevitablemente en un alojamiento tan estrecho, debemos compartir hasta esas intimidades físicas que la vida civil mantiene veladas. La actividad sexual se convierte en un ingenuo alarde, y cualquier anormalidad de apetito o de funcionamiento se exhibe con un extraño impudor. Las

48 Heckstall-Smith, *op. cit.*, pág. 14.

49 *Ibid.*, pág. 17.

50 Hinkle y Wolff, *op. cit.*, pág. 156.

autoridades fomentan esta conducta. Todas las letrinas del campamento han perdido sus puertas. «Hagamos que esos... duerman... y coman juntos —gruñía el viejo Jock Mackay, instructor superior—, y conseguiremos disciplinarlos, naturalmente.»⁵¹

Un ejemplo normal de este contacto contaminador es el sistema de apodos. El personal y los compañeros de internado asumen automáticamente el derecho de dirigirse a los otros por medio de sobrenombres o diminutivos: a una persona de la clase media, por lo menos, se le niega así el derecho a mantenerse aislado de los demás mediante un trato formal.⁵²

Cuando el individuo tiene que comer alimentos que considera ajenos y contaminados, la contaminación suele proceder del contacto de otras personas con la comida, como bien lo demuestra la penitencia de «mendigar sopa», que se practica en algunos conventos:

...ella colocaba su escudilla de barro a la izquierda de la Madre Superiora, se arrodillaba, juntaba las manos, y esperaba hasta que le echaban dos cucharadas de sopa; después seguía pasando su escudilla de mendiga a todas las hermanas, por orden de edad, hasta que se llenaba... Cuando por último, estaba llena, volvía a su lugar y tragaba la sopa, como sabía que debía hacerlo, hasta la última gota. Y procuraba no pensar qué había pasado a su escudilla desde una docena de tazones en los que ya se había comido...⁵³

Otro tipo de exhibición contaminadora introduce a un extraño en la relación íntima de un individuo con los otros significativos. Un interno puede tener que soportar, por ejemplo, que se lea y censure su correspondencia personal, y hasta que se haga burla de ella en su propia cara.⁵⁴ Otro ejemplo es el carácter obligatoriamente público de las visitas, mencionado en muchos testimonios de presos:

¡Pero qué reglamentación sádica tienen para estas visitas! Una hora por mes —o dos medias horas— en una habita-

51 Lawrence, *op. cit.*, pág. 91.

52 Por ejemplo, véase Hassler, *op. cit.*, pág. 104.

53 Hulme, *op. cit.*, págs. 52-53.

54 Dendrickson y Thomas, *op. cit.*, pág. 128.